

Dedicatoria, a los lectores, sobre la vida e historia de Tucídides en *La Guerra del Peloponeso* de Tucídides¹

Thomas Hobbes

Fecha de recepción: febrero 19 de 2009
Fecha de aprobación: marzo 2 de 2009

RESUMEN

El artículo consta de dos partes: en la primera se hacen algunos comentarios aclaratorios y de contexto acerca del origen de los tres textos de Thomas Hobbes, de los cuales se presenta una versión en castellano y constituyen la segunda parte y la más relevante del artículo. La primera parte se centra en hacer evidente la importancia de éstos, considerados representativos del periodo de juventud del autor y su papel y lugar en el pensamiento político hobbesiano, así como la relación de éste con sus trabajos sobre ciencia natural. De ahí que el tema del método sea central en dicha relación.

Palabras clave: historia, método, pensamiento político, moral, ciencia civil, ciencia natural.

DEDICATION, TO THE READERS, ON THE LIFE AND HISTORY OF THUCYDIDES IN PELOPONNESIAN WAR OF THUCYDIDES

ABSTRACT

The present article consists of two parts: in the first one some clarifying, and about the context, commentaries are made about the origin of the three texts of Thomas Hobbes, of which a castilian version is presented, and they constitute the second and most important part of the article. As far as the first part of the article, it focuses on making evident the importance of those three texts, which are considered as representative of the period of youth of the author, and their role and place in the hobbesian political thought; as well as the relation of such thought with his works on natural science. For that reason the theme of method is a central one in said relation.

Keywords: history, method, political thought, morals, civil science, natural science.

¹ Versión en español y presentación de Carlos Hernán Marín Ospina, Filósofo de la Pontificia Universidad Javeriana; miembro de los grupos de investigación "Filosofía, cultura y globalización" y "Estudios hobbesianos"; Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: cmarin@lasalle.edu.co.

PRESENTACIÓN

Presentamos, a continuación, nuestra traducción al castellano de tres pequeños textos escritos por Thomas Hobbes, incluidos como parte de su traducción al inglés de *La guerra del Peloponeso* de Tucídides. La traducción la hemos hecho de la edición preparada y comentada por David Grene (1989). Los textos traducidos son:

1. Dedicatoria
2. A los lectores
3. Sobre la vida e historia de Tucídides

La justificación de haber realizado este trabajo de traducción la podemos resumir en tres motivos: en primer lugar, porque no existe traducción al castellano de la versión inglesa de Hobbes de *La guerra del Peloponeso* de Tucídides y, por ende, de los tres textos mencionados, dado que estos están incluidos en aquella; existe sólo un fragmento de la Dedicatoria, como parte del capítulo 1, del texto de Ferdinand Tönnies, *Hobbes, vida y doctrina* (Tönnies, 1932), del cual existe una versión en castellano realizada por Eugenio Imaz. En segundo lugar, porque consideramos que dichos textos son importantes como materiales que permiten validar la categoría “pensamiento de juventud” hobbesiano, acuñada por algunos expertos como Strauss. En tercer lugar y el motivo más importante es que, a diferencia de lo afirmado por Grene al comienzo de su introducción, quien considera que estos textos no son significativos para los estudios hobbesianos en general (Grene, 1989: 8), nosotros sí los consideramos importantes porque en dichos textos encontramos algunos elementos para avanzar en la investigación acerca de la génesis de la articulación entre ciencia natural y ciencia civil, que existiría en el pensamiento de madurez de Hobbes.

Con relación a esta discusión, podría hablarse, en principio, de tres posibles modalidades, a saber:

primera, la ciencia civil y la ciencia natural son dos pensamientos que corren paralelos e independientes sin articulación ninguna; segunda, existe algún tipo o nivel de articulación desde algún eje común a ambos, ya sea a partir del método, del objeto de estudio o del sentido o finalidad de su pensamiento; tercera, existe una predominancia de uno sobre el otro, es decir, la ciencia civil sobre la ciencia natural o viceversa. No es el objetivo de este artículo evaluar cada una de las tres posibles modalidades de articulación, pues ya existen trabajos que han avanzado en la discusión y, por mi parte, la abordo en otro trabajo actualmente en desarrollo.

Estos textos debieron haber sido escritos, según varios autores, hacia 1628, entre ellos Grene (1989: 10) y Strauss (2006: 15) quienes hacen una relación de los textos de Hobbes anteriores a 1640, año en el que escribe y publica *The Elements of Law* y que se toma como el inicio de su pensamiento de madurez; dichos textos, que constituyen lo que sería su pensamiento de juventud, son: 1) *La introducción (y reflexión final*, añadimos nosotros) de la traducción de *La guerra del Peloponeso* de Tucídides; 2) El poema *De mirabilibus Pecci* de 1627; 3) Un pequeño tratado, descubierto y editado por F. Tönnies, titulado *A Short Tract on First Principles* de 1630. 4) Dos textos en inglés sobre *La Retórica* de Aristóteles.

Existe un conjunto de textos, que sería el quinto material a tener en cuenta en relación con lo que representaría el pensamiento de juventud de Hobbes. Ese conjunto de textos está conformado por dos títulos: *Essayes* y *Horae subsecivae*. Strauss analiza dicho material y concluye que no es totalmente cierto, sino solo probable, que algunos de estos textos hayan sido escritos por Hobbes y que, de comprobarse su autoría, permitirían avanzar más en la consolidación de lo que sería su pensamiento de juventud. Según Strauss, tanto los *Essayes* como *Horae subsecivae* guardan una estrecha relación de semejanza entre

sí, en estilo y en contenido; los textos de *Horae subsecivae* fueron publicados anónimamente en 1620 y se piensa que los *Essayes* podrían ser una versión manuscrita y corta de diez de los doce textos que los componen. Strauss llega a esta conclusión después de analizar y cotejar personalmente ambos textos, en su visita a la biblioteca de Chatsworth, en el Condado de Derbyshire, lugar de residencia de la familia Cavendish (condes de Devonshire) y donde Hobbes pasó gran parte de su vida, especialmente sus primeros cincuenta años, como tutor de tres generaciones de condes.

Ambos materiales están basados en textos de Bacon, publicados en 1612, por lo cual debieron ser escritos entre este año y 1620. Sobre esto existe una pequeña digresión por parte de Tönnies (1932): según éste, Bacon conoce al joven Hobbes al cual le toma especial aprecio por su disciplina, inteligencia y dominio de las lenguas clásicas; por eso se sabe que Hobbes ayudó a Bacon a traducir al latín parte de sus *Essays*, de los cuales, según afirma Tönnies, el que trata sobre la magnitud de las ciudades seguramente lo escribió Hobbes. De parte de Hobbes también hubo aprecio hacia Bacon, al ser éste conocedor de la historia y pionero del libre pensamiento en Inglaterra, mas nunca lo tomó en serio como filósofo.

Se suele adjudicar la autoría, tanto de los *Essayes* como de *Horae subsecivae*, al segundo conde de Devonshire, de quien Hobbes fue amigo personal y tutor entre 1608 y 1628. De ahí que, para algunos, el autor final, o al menos intelectual, de dichos textos sería Hobbes. Pero Strauss llega hasta ahí (16).

En los años ochenta y noventa, dos investigadores norteamericanos retoman el tema, Noel B. Reynolds y Arlene W. Saxonhouse (1995: 19), tras adelantar un análisis con técnicas estadísticas del estilo, relacionando el uso, la frecuencia de palabras y de frases y los distintos contextos en los cuales aparecen, con dichas categorías en otros textos de Hobbes. Conclu-

yen que de los doce textos que constituyen los *Horae subsecivae*, tres son definitivamente autoría de Hobbes, en tanto que el resto no lo son. Pero también concluyen que los doce ensayos están altamente influidos por el estilo de Bacon; ocho de ellos, cortos, versan sobre temas tales como la arrogancia, el gasto, la historia y su lectura, la religión y la muerte, en tanto que de los cuatro restantes, mucho más extensos, tres son, según concluyen Reynolds y Saxonhouse, autoría de Hobbes y, por lo tanto, se deben incluir en la relación de textos propuesta por Strauss como parte del llamado pensamiento de juventud hobbesiano. El contenido de estos tres ensayos hace referencia a elementos de lo que Hobbes denomina “ciencia civil”, con lo cual se estaría frente al hecho, nuevo por demás, de que existe una clara presencia de su pensamiento político en sus escritos de juventud. Esto implicaría que existe una unidad, un hilo conductor entre su pensamiento, representado en lo político y en el papel de la ciencia natural, por lo que la articulación de su pensamiento, en conjunto, adquiere una perspectiva diferente. Dicha perspectiva sería la de procurar construir una base científica a su pensamiento político, pero buscando una articulación de aquella a éste y no al revés. De hecho, para Strauss (14), Hobbes, ya en su juventud, concibe las bases de su pensamiento político y moral con independencia de la ciencia natural, a la cual llega más tarde. Esta tesis, como vemos a continuación, la comparten Reynolds y Saxonhouse.

POR QUÉ TRADUCIR LA GUERRA DEL PELOPONESO

Algunos autores califican como humanista el periodo de juventud de Hobbes, debido a que, aparentemente, sus preocupaciones se orientan hacia el hombre y su naturaleza. Pero su interés humanista muy pronto fue sustituido por un interés claramente político y moral, pues los hechos encontrados y analizados en el texto de Tucídides lo conducen hacia allá. Para Hobbes era claro que la única forma de co-

nocer y estudiar a los hombres es yendo a la historia o a través de la observación directa de los hombres de su época. En la historia se encuentran los hechos y los procesos acerca de cómo han surgido y se han estructurado los distintos grupos humanos, las sociedades y las culturas; de las que han existido, una de las más importantes e influyentes es la cultura Clásica, encarnada, específicamente, por Grecia y Roma. En este contexto encontramos el interés de Hobbes por *La Guerra del Peloponeso* de Tucídides. Hobbes, en su juventud, está interesado en estudiar qué es el hombre y cuál es el fundamento de su comportamiento, de sus acciones y de sus decisiones. Es una preocupación moral por el hombre, sobre el por qué actúa bien y por qué actúa mal y qué lo guía en uno y otro caso. En Tucídides encuentra el mismo interés, en la medida en que para éste:

La educación y la formación de los hombres es el propósito principal y propio de la historia, a través del conocimiento de las acciones pasadas, para que se comporten con prudencia en el presente y sean previsivos respecto al futuro.

Para Tönnies es clara la preocupación y el interés de Hobbes por los temas del derecho y la justicia (1932: 38); Hobbes tuvo una preocupación moral desde el principio, tal como lo afirman Reynolds y Saxonhouse planteando la posición de Strauss: “Para Hobbes su preocupación moral precedió su preocupación por la ciencia natural, mucho antes de que se encaprichara con la ciencia natural y el método geométrico” (1995: 5).

Este hecho es claro en el tercer texto traducido, *Sobre la vida e historia de Tucídides*, en el que el pensamiento y la preocupación política guían la reflexión de Hobbes, al señalar los errores y peligros de la democracia ateniense y de los oradores. Pero a quien prefiere entre todos es a Tucídides: “me hizo ver lo insensata que es la democracia” (Tönnies, 1932).

Esta preocupación moral va íntimamente ligada a una preocupación política, la cual lo lleva a concebir, desde esta época, una nueva ciencia que él llama *ciencia civil*, que dé razón del hombre, de sus acciones, del fundamento de sus decisiones, de su articulación con el Estado y del accionar del Estado a partir de las acciones, decisiones y comportamiento de los hombres. Al respecto, Tönnies señala que la inclinación hacia los temas políticos probablemente se debió a la influencia de la familia Cavendish, quienes estaban involucrados en el mundo de la política de la época: “Hobbes ha sostenido siempre que para el estudio de las teorías políticas, condición previa necesaria es la lectura de los historiadores” (Tönnies, 1932).

Prefiere a Tucídides, porque en éste encuentra ambas temáticas, la moral y la política: el estudio de la historia permite identificar, mediando la distancia en el tiempo, las actitudes y las acciones de los hombres, las buenas y correctas y las malas e incorrectas; tal distinción, piensa Hobbes, no es fácil hacerla en su época, ya que las segundas se mimetizan en las primeras. Se concentra en la traducción de la obra de Tucídides, terminándola a finales de la década de los veinte y se la dedica a Lord William Cavendish, Segundo Duque de Devonshire, quien había sucedido a su padre, del mismo nombre, fallecido en 1628 y quien lo había contratado como tutor del joven Lord. Tal como lo señala Tönnies (32), los textos traducidos que aquí presentamos muestran su gran estilo, su elegancia y el amplio conocimiento sobre Grecia y sobre el autor.

EL MÉTODO

Debemos destacar la admiración que expresa Hobbes por el método que descubre en Tucídides: el racionalismo. Hobbes encuentra en éste el instrumental idóneo para el abordaje de los problemas tanto de la ciencia natural como de la ciencia civil, pues para ambas es válido que cuando un problema se nos

plantea, la solución proviene del uso de la razón, del diseño y de la proposición de soluciones que suponen otras alternativas nuevas, en caso de que aquellas no funcionen, tal como lo analiza Grene:

El racionalismo universal griego, esto es, la creencia de los griegos de que aquél podría solucionar los problemas del cosmos así como los problemas de la vida política mediante la aplicación de su razón a ellos, y que cuando una solución fallara, inmediatamente otra solución debía ser buscada. Esta forma de pensar y actuar en consecuencia era una fuerza uniforme a lo largo del mundo griego en el siglo V. Esto lo reconocemos como una actitud propia nuestra en el abordaje de eventos tanto nacionales como internacionales (1989: 10)

El racionalismo para Tucídides es signo de inteligencia tanto al nivel de los individuos como al nivel de los Estados: “toda situación era determinada en última instancia por factores racionales y los hombres y los Estados inteligentes lo eran por pensar solo en tales términos” (10); el racionalismo es el instrumento metodológico, pero el material sobre el cual éste actúa es la voluntad subjetiva de los hombres, sus pasiones, que los llevan a buscar el poder en todas sus acciones y decisiones:

La lucha tanto entre los Estados como entre individuos fuera de la ley, dentro del mismo Estado, es igualmente debido a la voluntad subjetiva permanente de poder inherente a ellos, según el discurso de Diodoto en el Libro III. Las leyes deben ser diseñadas teniendo esto presente: cómo puede ser este impulso (la voluntad permanente de poder) monitoreado y mantenido efectivamente equilibrado (10).

Este racionalismo le permite a Tucídides hacer una lectura más comprensiva y explicativa de los acontecimientos. En las palabras de Plutarco, citadas por Grene, Tucídides logra reconstruir, ante los

ojos del lector y los oídos del oyente, los ambientes, las situaciones y las pasiones de los protagonistas, pero también los detalles físicos, geográficos y materiales de cada acción y episodio; consigue poner al lector en medio de las asambleas, en medio de las batallas, en medio del motín y la revuelta. El lector logra tener ante sí, casi que en vivo, cada acción y cada personaje; son los hechos, enmarcados en procesos, constituyendo la historiografía de la guerra, pero leída y narrada desde un marco racionalista por el cual se busca auscultar y mostrar las causas y las consecuencias, tanto las evidentes y explícitas, como las ocultas e implícitas de toda acción y decisión. El método: narraciones particulares, centradas en la exposición lineal de los hechos (tal como lo hacen Herodoto y Dionisos, según lo menciona el propio Hobbes), versus un hilo conductor (la búsqueda del poder y la dominación) al cual se articulan y desde el cual se entienden aquellos. Una unidad en el todo, desde el cual se entienden todas las narraciones como partes de éste. Un todo que se constituye a partir de las partes y unas partes que se hacen comprensibles en la medida en que se articulan al todo.

Esta perspectiva excede los alcances y las posibilidades de la ciencia natural y, por el contrario, conforma el meollo de la ciencia civil. Mientras aquella explica fuerzas, dinámicas y movimientos mecánicos, la ciencia civil ahonda y desmenuza las intencionalidades, las cuales explican, en última instancia, las acciones y decisiones tanto de los hombres como de los Estados. La ciencia natural no capta la intención ni el interés que subyace a las decisiones y al mundo de la subjetividad y de ahí su insuficiencia metodológica, lo cual fue claro para Hobbes desde sus primeros escritos; si bien a partir de los años cuarenta se inicia un nuevo periodo con la publicación de *The Elements or Law Natural and Political* (1640), en el cual la preocupación principal va a ser la ciencia natural, ésta será importante y útil solo como complemento de la preocupación principal y central de su pensamiento, la ciencia civil.

SOBRE EL OFICIO DE TRADUCIR

Normalmente las traducciones buscan cierta atemporalidad, de tal forma que lo traducido conserve y respete el contenido del texto original y, así, expresar tanto el significado de las palabras como el espíritu de la época. Pero de todas maneras, se trata de dos textos, el original y su traducción. Dice Grene:

Es cierto afirmar de una gran traducción que, si se conocen ambas, tanto el original como la traducción, uno es consciente de ellas como dos creaciones independientes. Por supuesto la originalidad es no ser interpretado exactamente de la misma forma. Tucídides es naturalmente original en un sentido en el que la traducción de Hobbes no lo es. Pero existe en ambos el mismo sentimiento de independencia y libertad (7).

Según Grene, la excelencia hobbesiana es haber captado el espíritu del texto de Tucídides y haberlo traído a su tiempo. Su elocuencia y transparencia permiten que la traducción alcance a ser casi una obra nueva e independiente de la original. Sin embargo, el editor de la versión inglesa también señala que las traducciones suponen mucha vergüenza si quedan mal hechas, pero si quedan bien son pocos los elogios para el autor.

Por último, debemos aclarar algunos aspectos formales de nuestra traducción; hemos suprimido algunos signos de puntuación, especialmente punto y coma y dos puntos, pues considero que fonética y sintácticamente es más adecuado para la lectura; además, algunos verbos o frases en pretérito imperfecto e indefinido las hemos traído a presente de indicativo para darle más fuerza a su sentido; hemos respetado la distinción que Hobbes hace entre historiador e historiógrafo, cuyo uso se ajusta, en cada caso, al énfasis que le quiere imprimir; finalmente, en algunos casos, hemos reemplazado oyente por lector, modificación que consideramos que hoy comunica más

exactamente la intención tanto de Tucídides como de Hobbes. En los tiempos de Tucídides la historia era más contada que leída, hoy es al revés.

DEDICATORIA

Al justo y honorable
Sir William Cavendish
Caballero de Bath, Barón de Hardwick
y Conde de Devonshire

Confiado en la bondad de su Señoría, justo y honorable, al iniciar esta carta, deseo declarar, con sencillez y de acuerdo con la fe que le debo a mi maestro ahora en el cielo, que no es a Usted, sino al padre de su Señoría, a quien yo dedico éste mi trabajo, tal cual es. Ni siquiera estoy en la libertad de elegir, de entre los dos, uno a quien pudiera presentarlo como un ofrecimiento voluntario; estando obligado por deber a publicarlo como respuesta a él, por cuya indulgencia tuve tanto el tiempo como los medios para llevarlo a cabo. Ni siquiera si de tal obligación hubiese sido liberado, aun así sé a quién debo dedicarlo. Yo sé, por el honor que tuve de servirle a través de la experiencia de muchos años, que no hubo ninguno que haya apoyado realmente, sin deseo alguno de gloria, a aquellos que estudiaron las artes liberales, en forma libre, como lo hizo mi Lord su padre. Ni casa como la suya en donde uno no necesitara de universidad. Para su propio estudio, le dedicó la mayor parte al conocimiento histórico y civil, un tipo de saber que mereció el esfuerzo y el tiempo de las más grandes personas: dirigido, no a la ostentación de su lectura, sino al gobierno de su vida y al bien público. Porque él leía de tal forma que convertía en sabiduría y habilidad para el servicio de su país, el conocimiento adquirido a través del estudio, mediante el discernimiento recopilado, el cual se aplicó a sí mismo con celo, pero sin la pasión ni de la facción, ni de la ambición. Y así como fue el hombre más competente, con firmeza de juicio y expresión clara de sí mismo, en asuntos de dificultad y de sus consecuencias, tan-

to en lo público como en lo privado: así también no hubo como él hombre alguno que estuviera dispuesto ni a apartarse del recto camino de la justicia, ni a parcializarse en éste. Con relación a la virtud, yo no sé si mereció más por su severidad en exigírsela a sí mismo (tal como lo hizo hasta el final de su vida) o por su magnanimidad al no exigirla de los otros. Nadie discernió mejor acerca de los hombres: y por ello fue fiel con sus amistades, porque apreciaba, no la *fortuna* ni el *abuso de confianza*, sino a los *hombres*, a quienes trataba con un corazón abierto, el cual no tuvo otro guardián que su integridad y su propia conciencia. A sus iguales los trató como pares y a los inferiores con familiaridad, pero manteniendo el pleno respeto y el brillo natural de su dignidad. En suma, fue alguien en quien podía ser percibido que la *honestidad* y el *honor* son la misma cosa, sólo que en distintos grados según las personas. Para él, por tanto, a su memoria y su dignidad, es consagrada esta ofrenda, aunque indigna.

Y ahora, imitando en este culto *civil* al culto *religioso* de los gentiles, quienes, cuando dedicaban alguna cosa a sus dioses, traían y presentaban lo mismo a sus imágenes: yo traigo y presento este regalo mío, la historia de Tucídides, traducida al inglés, con mucha más diligencia que elegancia, para su Señoría, quien es la imagen de su Padre (porque nunca hubo hombre más fiel, copia exacta de él, que Usted) y quien tiene en sí mismo las semillas siempre crecientes de sus virtudes: humildemente invito a su Señoría a apreciarlo en medio de los bienes que descienden sobre usted y leerlo a su debido tiempo. Yo podría recomendarle al autor, sin caer en impertinencia, porque él tuvo en sus venas sangre de reyes. Pero prefiero recomendarlo por sus escritos, por tener estos una enseñanza útil para los hombres nobles, dado que pueden llegar a tener la dirección de acciones grandes e importantes. Puedo decir, en confianza, que no obstante los excelentes ejemplos y preceptos de heroica virtud que Usted tiene en su hogar, este libro dará no poco para su iniciación en la virtud,

especialmente cuando Usted viene forjando su vida durante años a partir de su propia observación. Para la historia, las acciones de *honor* y *deshonor* aparecen, plena y claramente, tal como son; mas en la época presente aparecen tan disfrazadas que vemos pocas y es necesario tener mucho cuidado para no ser crasamente engañados por ellas. Pero esto, no lo dudo, está superficialmente expuesto por mí a su Señoría. Por lo tanto, termino con esta súplica: quiera Dios otorgarle virtudes propias para la justa morada que Él ha preparado para ellos y la felicidad que tales virtudes conducen tanto en este como en el otro mundo.

El más humilde servidor de su Señoría

Thomas Hobbes

A LOS LECTORES

Aun cuando esta traducción ha generado ya la censura de algunos cuyos juicios estimo mucho, hay algo en la censura de la multitud, no sé exactamente qué, mucho más terrible que cualquier juicio particular por severo y preciso que sea, y lo percibo como sensatez en todos los hombres; mas, en mi deseo de perfección, para mí necesariamente denota franqueza. Estoy deseoso de hacerle saber brevemente sobre qué bases emprendí este trabajo, en un principio, como aquello en lo que puedo confiar con la mejor razón. Y me he expuesto, al publicarlo, al riesgo de su censura, con una esperanza de gloria tan leve como cabe esperar de algo de esta naturaleza. Puesto que sé que las solas traducciones tienen en sí esta característica: suponen mucha vergüenza si quedan mal hechas, pero si quedan bien son pocos los elogios para el autor.

Ha sido señalado, por diversos analistas, que Homero en poesía, Aristóteles en filosofía, Demóstenes en elocuencia y otros clásicos en otros campos del conocimiento, aún mantienen su primacía: ninguno de

ellos, ni siquiera en forma aproximada, ha sido superado por nadie en estas épocas posteriores. Y en este grupo se encuentra justamente clasificado nuestro Tucídides: un autor no menos perfecto en su campo que cualquiera de nuestros maestros mencionados y con quien la competencia en el trabajo histórico alcanzó su punto más alto, creo yo, junto con muchos otros. La educación y la formación de los hombres es el propósito principal y propio de la historia, a través del conocimiento de las acciones pasadas, para que se comporten con prudencia en el presente y sean previsivos respecto al futuro. No hay ninguna otra existencia (al menos humana) que se realice más natural y plenamente que ésta de mi autor. Es verdad que existen escritas muchas historias excelentes y provechosas desde hace tiempo y en algunas de ellas encontramos incluidos discursos muy sabios, además de costumbres y normas de conducta. Pero esos discursos, estando incluidos y no por fuera del contexto de la narración, realmente elogian el conocimiento del autor, mas no la historia misma: su naturaleza es meramente narrativa. En otras existen conjeturas sutiles con intenciones secretas y pensamientos íntimos, las cuales se desprenden de su pluma; lo cual tampoco es, en modo alguno, virtud en una historia, en la que la conjetura está completamente sustentada, no forzada a servir a los propósitos de adornar el estilo personal del escritor o a manifestar la sutileza de su conjeturar. Darles cabida, con frecuencia, a conjeturas no puede ser seguro, a menos que sea cierto que la narración misma pueda ser suficiente para sugerirle también al lector lo mismo. Pero Tucídides es un autor que, aunque nunca desvía la lectura de un tema en su propio texto, ya sea moral o político, ni penetra en el corazón de los hombres más allá de lo que las acciones mismas evidentemente le permiten llegar, es considerado hasta ahora el más político historiógrafo que haya escrito. La razón por la cual supongo esto es: él llena sus narraciones con esas selecciones de temas y las ordena con esos juicios, y se expresa a sí mismo con tal perspicacia y eficacia que, como dice Plutarco, hace de quien lo escucha

un espectador. Él sienta a su lector en la asamblea de ciudadanos y en el senado frente a sus debates, en las calles en medio de la sedición y en los campos en medio de las batallas. Así vería cuánto podría haber agregado a su experiencia un hombre inteligente si hubiera sido un espectador de sus actuaciones y hubiera estado familiarizado con los hombres y los negocios de su tiempo: mucho hubiera aprovechado hoy con la lectura atenta de lo aquí escrito. Él podría sacar lecciones para sí mismo de las narraciones y lograr ser capaz de trazar los rumbos y consejos para el afianzamiento de los actores.

Estas virtudes de Tucídides conquistaron mi afecto, generando en mí el deseo de darlo a conocer más ampliamente: lo cual fue el primer motivo que me llevó a traducirlo. Pero es un error en el que fácilmente caemos: creer que todo lo que nos gusta es aceptado de la misma manera y en el mismo grado por los demás y valoramos el juicio de alguien en la medida en que, frente a las mismas cosas, esté de acuerdo con lo que nos gusta y rechace lo que nos disgusta. Y en este error quizá caí yo, cuando pensaba que, entre más lo diera a conocer, más gustaría (a los lectores) tanto como me gustó a mí. Me parece también que fue sumamente apreciado por italianos y franceses en sus respectivas lenguas, a pesar de que por ello no es muy gratificante para sus intérpretes. De quienes (para no hablar más de cómo llegan a tener una buena opinión del mismo tipo) podría decir esto: mientras que el autor carga con su propia luz desde el principio hasta el fin, el lector podría permanentemente ver con antelación su camino, pudiendo así avanzar sin depender de lo que sigue; mas no lo encontré así en ellos. La causa y su respectiva excusa puede ser ésta: ellos se guiaron por el latín de Laurencio Villa, el cual contenía algunos errores; dado que él dependía de una copia en griego no tan correcta como existe ahora. Aparte del francés, fue traducido al inglés (yo no necesito simular haberlo visto en inglés) en la época del rey Eduardo VI: pero debido a la cantidad de errores terminó siendo una

versión extensa y eso que estaba traducida a nuestra lengua! Por esto resolví trabajar directamente de la versión del griego de Emilio Porta: no rechazo ni omito ninguna versión, comentario u otra ayuda de la que pudiera disponer. Sabiendo de la diligencia y el tiempo libre con que yo debí haberlo hecho, algunos errores pudieron subsistir, aunque deben ser menos; aun así no puedo descubrir ninguno de éstos y espero que no sean muchos. Una vez terminé la traducción, ésta se alejó de mí por largo tiempo, mi deseo de divulgarla cesó y otras preocupaciones ocuparon su lugar.

He constatado que los hombres, en su gran mayoría, llegaron a la lectura de la historia con un gusto muy similar al de los ciudadanos de Roma, quienes venían al espectáculo de los gladiadores para contemplar con mayor placer su sangre que sus habilidades en el combate con armas. Por ser ellos tan amantes de leer sobre grandes ejércitos, de batallas sangrientas en las cuales mueren miles, mentalidad de oficio por la cual tanto ejércitos como ciudades fueron conducidos a su fin. He observado, además, que no hubo muchos cuyos oídos estaban familiarizados con los nombres de los lugares con los que se encontraban en esta historia; sin ese conocimiento ninguna historia puede ser comprendida perfectamente, ni recordada fácilmente. Especialmente siendo tantos como aquí aparecen. Dado que en esa época la mayoría de las ciudades, tanto Grecia como Sicilia, los dos principales escenarios de esta guerra, eran una comunidad de Estados en sí mismas y a la vez bandos en contienda.

Sin embargo, siempre he pensado que para una mejor clase de lectores, la primera de estas consideraciones no debería ser de ninguna importancia –para quien pueda contentarse con algunas pocas–, dado que sólo ellos juzgan y solo su aprobación es importante. La dificultad en remover la ignorancia respecto a sitios la pensé no insuperable, pues con ilustraciones adecuadas de las regiones se podría lograr.

Para este propósito, consideré que serían necesarias especialmente dos ilustraciones: un mapa general de Grecia y otro de Sicilia. De este último encontré uno ya hecho, elaborado exactamente por Philip Cluverius, el cual he hecho insertar y usted lo encuentra al comienzo del Libro Sexto. Con respecto a los mapas de Grecia, pude encontrar uno de casualidad, pero suficiente para mi propósito. Sin embargo, en ninguno están las tablas de Ptolomeo ni las descripciones de aquellas adaptadas a la época de Tucídides; por lo tanto, algunos lugares mencionados por aquél y descritos en aquellas: no son lo que son, en concordancia con la verdad de la historia. Por eso me vi obligado a dibujar uno yo mismo, lo mejor que pude. Para hacerlo, confié, para la figura principal del país, en la fama de las descripciones modernas, ubicando en éstas, especialmente, esos lugares que aparecen en la lectura del autor (tantos como fue posible), y cuya ubicación encontré citada por Strabo, Pausanias, Heródoto y algún otro buen autor, a través de viajes. Y le mostré a usted que no me he portado como un charlatán, colocando algunos de los principales lugares y especulando sobre el resto, sin los respectivos cuidados y argumentos; antes bien, he unido el mapa y el índice que indican los autores (justificando las diferencias entre unos y otros) con estos mapas y con aquellas pocas breves notas al pie de dichos pasajes, tal como me pareció que éstos más lo requirieron; yo supongo que la historia podría ser leída con un mayor beneficio por todo lector de buen juicio y buena educación (para quienes también Tucídides lo tuvo en mente desde el comienzo) y, por lo tanto, he hecho público mi extenso trabajo, no sin la esperanza de que sea aceptado. Aceptación que si obtengo, no por otro motivo que por virtud de la excelente obra del autor, es suficiente.

SOBRE LA VIDA E HISTORIA DE TUCÍDIDES

Sabemos de muchos hombres que llevan el nombre de Tucídides. Hay un Tucídides de Farsalia men-

cionado en el Libro Octavo de su historia, quien fue un conocido anfitrión de los atenienses en Farsalia, arriesgándose por éstos en la época en que el gobierno de Los Cuatrocientos comenzó a venirse abajo, debido a la intervención y persuasión que mantuvieron divididas las facciones fortalecidas por ellos mismos y que no combatieron en la ciudad, para ruina del Estado. Hay un Tucídides hijo de Milesias, ateniense, de la población de Alope, a quien se refirió Plutarco en la vida de Pericles, de quien se dice, con alta probabilidad, en el Libro Primero de su historia, que tuvo el encargo de enviar cuarenta galeras contra Samos, aproximadamente veinticuatro años antes de que comenzara esta guerra. Otro Tucídides, hijo de Aristón, ateniense también, de la población de Acherdus, fue poeta, aunque no se conserva ninguno de sus versos. Pero Tucídides, el autor de la historia, ateniense, de la población de Halimus, era hijo de Olorus y Hegesypele. El nombre de sus padres es comúnmente escrito *Olorus* aunque en la inscripción de su tumba aparece *Oroli*. Como quiera que haya sido escrito, es el descendiente de varios reyes de Tracia; ungido por ellos con el respeto a él y a su descendencia. Así que, aunque nuestro autor (tal como lo afirma Cicerón en el Libro II, *De Oratore*) nunca había escrito historia, su nombre era desconocido no obstante su honor y nobleza. Y en este punto, no sólo Plutarco, en la vida de Cimon, sino también la mayoría de los que han abordado este tema, afirman directamente que era descendiente de reyes Tracios, aduciendo por prueba que Tucídides era de la casa de Milcíades, el famoso general ateniense en la batalla de Marathon contra los persas; lo cual probaron a través de su tumba, que estuvo largo tiempo entre los monumentos de dicha familia. Cerca a una de las puertas de Atenas, llamada Melícides, había un lugar denominado *Coela* y en él los monumentos llamados *Cimoniana*, pertenecientes a la familia de Milcíades, en el cual nadie podía ser enterrado salvo los que eran de dicha familia. Entre ellos estaba el monumento de Tucídides, con esta inscripción: *Tucídides Oroli Halimusius*. Hoy Milcíades es reconocido por

todos como descendiente del rey Olorius de Tracia, una de cuyas hijas se casó con otro Milcíades, abuelo de aquél y tuvo hijos. Milcíades, quien obtuvo la memorable victoria en Marathon, fue heredero de excelentes posesiones y poblados en el Quersoneso de Tracia (región de Tracia), sobre las cuales reinó. En Tracia se localizaron también las propiedades de Tucídides, así como sus ricas minas de oro: tal como él mismo lo declara en el Libro C; y, aunque tales riquezas podrían provenir de su esposa, tal como se ha afirmado, con quien se casó en Scapte Hyle, una población de Tracia, (incluso, si ello hubiera sido mediante el matrimonio), no era algo desconocido que sus asuntos y su nobleza tuvieron una relación con esa región; pero, en ningún sitio se nos dice el grado de parentesco entre ellos. También ha sido afirmada, por alguien, la hipótesis de que proviene de la casa de los Pisistrátidas: mas el peso de esta hipótesis descansa exclusivamente en el hecho de que él hace honrosa mención del gobierno de Pisístrato y de sus hijos, y atenúa la gloria de Harmodius y Aristogeiton, demostrando que la libertad del Estado de Atenas durante la tiranía de los Pisistrátidas fue falsamente atribuida a sus ejecutorias (lo cual provenía de la venganza privada de una disputa amorosa), por la cual la tiranía no solo no cesó sino que se incrementó en forma más cruel, hasta que fue derribada por los Espartanos. Sin embargo, esta opinión, por cuanto no se considera suficientemente demostrada, no ha sido bien aceptada en el pasado.

En concordancia con su origen noble, fue iniciado en el estudio de la elocuencia y la filosofía. Respecto a ésta, fue discípulo de Anaxágoras (al igual que Pericles y Sócrates), cuyas opiniones, al ser incomprendidas por la gente común, le merecieron el calificativo de ateo: nombre que se confería a todos los hombres cuyas religiones se consideraran, a diferencia de la mayoría, ridículas, hecho que, al final, le costó su vida. Sócrates después de él, por causas similares, padeció la misma suerte. Si bien este otro discípulo suyo también fue calificado como ateo, es

algo que no vale la pena tener en cuenta. Aunque no hubo nadie más (lo que no es improbable), quien por la luz de la razón natural pudiera ver suficiente en la religión de estos paganos, para calificarla como algo vano y supersticioso; el hecho es que fue suficiente para que la opinión de la gente los considerara ateos. En algunos pasajes de su historia, él señaló equivocaciones en los oráculos y, así (a través de la predicción del oráculo) confirmó una afirmación suya en relación con el tiempo que duró la guerra. Él censuró a Nicias por ser demasiado puntual en el cumplimiento de las ceremonias de su religión, cuando, por ello, se destruyó a sí mismo y a su ejército y, de esta forma, todo el dominio y la libertad de su país; y lo alaba, en otro pasaje, por su veneración a los dioses, afirmando al respecto que era el menos indicado de todos los hombres, dado el grado de calamidad que les hizo sufrir. Por lo tanto, nuestro autor no es, en sus escritos, ni claramente supersticioso, ni claramente ateo.

Con relación a la retórica, fue discípulo de Antifón; quien fue (por la descripción de su historia, en el Libro Octavo) alguien con un poder casi milagroso de la oratoria y el discurso y temido por la gente gracias a su elocuencia. Tanto que, en sus últimos días, vivió retirado pero asesoraba y elaboraba discursos para otras personas que acudían a él con tal propósito. Él contribuyó, con ello, al levantamiento de la gente y a la caída del gobierno de Los Cuatrocientos, pero, por esto también, fue ajusticiado cuando la gente recuperó de nuevo su autoridad, por más que defendió su causa como la mejor de ciudadano alguno en ese momento.

Sin duda alguna, con semejantes maestros, Tucídides estaba suficientemente preparado para llegar a ser un gran retórico y una gran autoridad en la población. Pero parece que no tuvo mayor deseo de involucrarse en el gobierno, debido a que en esa época era imposible, para cualquier persona, dedicarse a dar consejos buenos y provechosos a la sociedad sin

caer en desgracia frente a alguien. Fue tal el poder de sus opiniones y la habilidad para realizar las acciones que acometieron, que únicamente ellos dominaban las asambleas y, tanto se les apreció como sabios y buenos ciudadanos, que los colocaron al frente de la más peligrosa y desesperada empresa. A pesar de que él les dio consejos sobrios y prudentes, fue considerado como un cobarde y su poder se malinterpretó o se calumnió. Fue incomprendido: dada la prosperidad a la cual ellos habían estado acostumbrados por muchos años hasta entonces, los hizo personas enamoradas de sí mismas, y es duro para cualquier hombre aceptar un consejo que le exige amarse menos. Esto es mucho más válido en el caso de la multitud que en el de una persona. Una persona razonable no se sentirá avergonzada de aceptar presentimientos temerosos en sus negocios, que él puede prever fuertemente; pero en las deliberaciones públicas, frente a una multitud temerosa (en gran parte bien aconsejada, así ésta no siga dichos consejos) rara vez, o nunca, se arriesga ella misma ni lo admite. De esta forma vino a suceder entre los atenienses, quienes llegaron a pensar que podían hacer cualquier cosa, que hombres malvados y aduladores los condujeron temerariamente a acciones que fueron la ruina para ellos y los hombres buenos tampoco se atrevieron a oponerse, puesto que si lo hacían serían rechazados. Por lo tanto, Tucídides, que no podía ser de los que confiaron ni de los que padecieron el mal, se abstuvo de asistir a las asambleas y se impuso una vida privada y alejada, tanto como se lo permitió la eminencia de una persona rica y la elaboración de la historia que había emprendido.

Con relación a su opinión sobre el gobierno del Estado, es claro que minimizó todo lo que pareciera democracia. En diversas ocasiones hizo notar la disputa y la satisfacción de los demagogos por las ansias de fama y gloria, con el entrecruzamiento de sus consejos, el daño de lo público, la inconsistencia de las decisiones debido a la diversidad de fines, el poder retórico de los oradores y las acciones des-

esperadas emprendidas en función de los consejos aduladores de quienes deseaban lograr autoridad e influencia sobre la gente común o mantener la que ya habían logrado. Tampoco dio a entender, en ninguna parte, que él alabara la autoridad de “unos pocos”: de quienes, afirmó, cada quien quiere ser el jefe y aquellos que no son tenidos en cuenta, lo soportan con menos paciencia que en una democracia. Después vino la sedición y la disolución del gobierno. Él alabó el gobierno de Atenas cuando era una mezcla de *los pocos* y *la mayoría*, pero lo alabó más en dos momentos: cuando gobernó Pisístrato, pese a que accedió al poder a la fuerza y, al inicio de la guerra, cuando gobernó Pericles, una democracia de nombre y una monarquía en la realidad; de tal forma que así como se le consideró de ascendencia real, asimismo su gobierno (en cuanto real) fue aprobado como el mejor. Por lo tanto, no sorprende si él tuvo la menor injerencia posible en los asuntos del Estado, pues él prefirió la observación y el registro de lo que hacían quienes tenían el control de éste. Tucídides fue capaz de alcanzar esto, no tanto por inteligente, diligente, esperanzado y por su disposición mental, sino también por su fortuna, dignidad y sabiduría. La manera en que estuvo dispuesto a trabajar se entiende porque, cuando era joven, escuchó al historiógrafo Herodoto recitar en público su historia (quedó fascinado en ese momento y muchos años después), se sintió tan grandemente estimulado a emularlo que derramó algunas lágrimas. Herodoto observó cuán violentamente su estado de ánimo se reflejó en su carácter y le habló a su padre Olorus. Cuando la guerra del Peloponeso comenzó a desatarse, Tucídides presintió con certeza que ésta validaría un argumento importante de su trabajo: cuando inició la guerra, él comenzó su historia, siguiendo una forma no totalizada como nosotros la vemos ahora, sino a través de comentarios y del registro ordenado de acciones y episodios, de los que tuvo conocimiento en el momento en que sucedieron. Comentarios como esos, quizá, llevaron a que una historia escrita

haya merecido ser preferida a otra. Por ello, es muy probable que el Libro Octavo haya sido conservado tal cual, como cuando el Libro Primero se escribió: ninguno adornado con discursos, ni completamente basados en transiciones, como el anterior, el Libro Séptimo. Si bien Tucídides comenzó a escribir tan pronto como la guerra dio inicio, aun así no llegó a completarla ni a pulirla hasta después de que fue desterrado.

No obstante su apartada vida en la costa de Tracia, donde estaban sus posesiones de tierras, pudo evitar tener que prestar servicio al Estado, lo cual resultó finalmente muy desafortunado. Mientras residió en la Isla de Tasos, ésta cayó en manos de Brasidas, el Lacedemonio que asedió Anfípolis, ciudad perteneciente a los atenienses, en los confines de Tracia y Macedonia, distante de Tasos aproximadamente media jornada por mar. Para reanimar a la población, el jefe ateniense envió a Tucídides con el fin de retomar el poder rápidamente: fue nombrado Estratega, es decir, fue autorizado para reunir fuerzas combatientes en esas regiones al servicio del Estado. Tucídides actuó en conformidad con esto, pero una noche llegó demasiado tarde y encontró sometida la ciudad. Por esto fue desterrado después, como si él, por negligente, hubiera perdido tiempo o hubiera evadido, a propósito, al enemigo por temor. Entonces se marchó a la ciudad de Eion y la defendió para los atenienses, ante el rechazo de Brasidas, quien descendió de Anfípolis la mañana siguiente y la tomó por asalto. Se cree que el responsable de su destierro debió haber sido Cleón, el más violento adulador en aquellos tiempos y por ello, también, el orador de mayor aceptación entre la gente. Puesto que donde las cosas salen mal, aunque allí no hubiera carencia ni de previsión ni de valentía en la conducción, el camino a la calumnia y la envidia siempre se abre entre aquellos que juzgan únicamente con base en los hechos; en forma de fervor por el bien público, se dio fácilmente crédito a una acusación.

Después de su destierro vivió en Scapte-Hyle, ciudad ya mencionada de Tracia, donde escribió Plutarco. Aunque se fue al extranjero, aun así estuvo al tanto de las noticias de la guerra; así aparece anotado en su Libro Quinto, en el que menciona que estuvo presente en las acciones de ambos bandos y, en razón de su exilio, no menos en las de los peloponesios que en las de los atenienses. Durante este tiempo perfeccionó su historia, tanto como hoy se puede apreciar, pero, como aparece constatado, nunca disfrutó de nuevo su país después del exilio. No es claro para ningún autor, dónde, cuándo o a qué edad murió Tucídides. La mayoría está de acuerdo en que murió en el destierro: aunque se haya escrito que, después del desastre de Sicilia, los atenienses decretaron una amnistía general para todas las personas desterradas, excepto para los familiares de Pisístrato; entonces regresó y, después, fue ejecutado en Atenas. Pero es muy improbable que sea verdad, a menos que hubiera sido mucho tiempo después del fracaso en Sicilia, tanto que haya sido después de la guerra del Peloponeso también. Pese a que sobrevivió a la guerra, el mismo Tucídides no hace mención de dicho retorno, tal como lo manifiesta en sus propias palabras en el Libro Quinto. Dicho por él mismo, vivió en el destierro durante veinte años, después de sus responsabilidades en Anfípolis, en el octavo año de esta guerra, por lo cual suma, en total, veintisiete años. En otro lugar hace mención del arrasamiento de las largas murallas entre El Pireo y la ciudad, el cual fue el último ataque de esta guerra. Aquellos que dicen que murió en Atenas, basan su hipótesis en el monumento que había en su honor. Pero esto no es argumento suficiente, dado que él pudo haber sido sepultado allí secretamente (tal como algunos han escrito que sucedió), pues murió en el extranjero; o su monumento podría estar ahí, pero (tal como otros han afirmado) él no fue sepultado en éste. En la variedad de hipótesis existentes, no hay nada tan probable como lo escrito por Pusanias, quien describe los monumentos de Atenas y dice así: “el acto más valioso de Cenobius en defensa de Tucídides, fue no

deshonrarlo”: lo que significa que él tuvo una estatua. “Por Cenobius se logró tener un decreto aprobado para su retorno; quienes regresaban del exilio eran ejecutados por traición; y sus sepulturas estaban cerca de la puerta llamada Melitides”. Murió, tal como afirma Marcelinus, a los cincuenta y siete años de edad y, si es verdad lo escrito por A. Gellius, que fueron contemporáneos Hellanicus, Herodoto y Tucídides, entonces no murieron antes de los sesenta y ocho años. Si él tenía cuarenta cuando la guerra comenzó y vivió (como ciertamente ocurrió) para verla terminar, podría ser más viejo cuando murió pero no menor de sesenta y ocho años. No se sabe qué hijos dejó. En el *Menón*, Platón hace mención de Miliesias y Estéfano, hijos de un Tucídides de una muy noble familia, pero es claro que se refiere a al Tucídides rival de Pericles, ambos de nombre Miliesias, aunque este Tucídides también era de la familia de Milciades, tal como lo testimonia Plutarco en la vida de Cimón. Es afirmado por Marcelinus, enteramente autorizado por Polemón, que él tuvo un hijo, sin embargo, no hay mención de su nombre, seguro que un hombre instruido leyó allí *Timoteo* en lugar de *θοε* (tal como aparece en la copia defectuosa). Así, muchas cosas se dicen acerca de la persona de Tucídides.

Ahora, respecto a sus escritos, hay dos aspectos a ser considerados: la *verdad* y la *elocuencia*. En la *verdad* radica el *alma* de la historia y en la *elocuencia* el *cuerpo*. Este último sin la primera queda reducido a una fotografía de la historia, y aquella, sin éste, resulta inadecuada para educar. Pero veamos cómo nuestro autor adquirió dichas virtudes. Dada la veracidad de la historia, yo, por lo menos, tendría que decir que ningún hombre lo ha cuestionado hasta ahora. Ni, realmente, ningún hombre pudo dudar justificadamente de la verdad de este autor, de quien no hay nada que sospechar por mentiras inducidas o dichas voluntariamente ni por alterar la verdad a causa de ignorancia. Él se sobredimensionó, no por él mismo, sino por comprometerse con una larga historia de hechos sucedidos antes de su tiempo, respecto a los

cuales no tenía posibilidad de haberse informado. Tucídides fue un hombre que tuvo en cuenta, como muchos lo señalan, tanto la dignidad como la riqueza para hablar la verdad en lo que relataba, como era necesario. Empleó tanta diligencia en la investigación de la verdad (anotando cada cosa mientras estaba fresca en su memoria, desplegando su riqueza sobre su inteligencia) como le era posible a un hombre. No alteró, ni en lo más mínimo, las aclamaciones de muchos hombres en los auditorios populares y no escribió su historia para obtener aplausos de los presentes como era costumbre en esa época, sino que lo hizo como un monumento para la educación de las épocas futuras; lo cual él mismo declaró, titulado su libro *KTHMA ES* (*Un bien para la eternidad*). Tucídides estaba muy lejos de la necesidad de los escritores serviles, así como del temor y de la lisonja. Y aun cuando pudo tener la intención de haber sido malévolos con su país (ellos se lo hubieran merecido), nunca escribió nada que mostrara semejante sentimiento; ni existe cosa alguna escrita sobre ellos que generara su deshonor como atenienses, sino sólo en cuanto *personas*; y más por necesidad de la narración que por una digresión intencionada; así que a veces los reprocha, mas no por iniciativa propia, sino a causa de sus acciones. En resumen, si la verdad de una historia siempre apareció bajo la forma de un relato, así aparece en esta historia: la narración en su totalidad y cada una de sus partes, es coherente, perspicaz y persuasiva.

En la elocuencia, también, dos cosas son considerables: estilo y método (o disposición). Con relación a la disposición utilizada por Tucídides, será suficiente, por ahora, observar en forma breve que en su Libro Primero, cuando comenzó a escribir, en el exordio, había deducido la historia del Estado de Grecia desde su nacimiento hasta su vigoroso momento de prestigio y, después, escribió las causas declaradas de la guerra, tanto las reales como las aparentes. Los eventos de la guerra, los siguió indistinta y fielmente en orden cronológico, relatando lo que sucedió año

tras año, dividiendo cada año en verano y en invierno. Las razones y los motivos de cada acción, los expuso antes que las acciones mismas y no las ingenió, ni siquiera narrativamente, bajo la forma de *oraciones deliberativas*, atribuyéndolas a personas que, de tiempo en tiempo, se descubren influyendo en el Estado. Después, en la ocasión adecuada, emitía su juicio acerca de los hechos: mostrando, a través del significado de los éxitos logrados, la naturaleza de las acciones promovidas o evitadas. Nunca empleó las digresiones con un propósito formativo ni la abierta transferencia de conceptos (lo que constituye la parte filosófica). Una vez establecidas, claramente, ante los ojos de los hombres, las vías y los eventos de los consejos acerca del bien y del mal, instruye secretamente al lector con la narración, de manera más eficaz que lo que pudiera realmente hacer mediante un precepto.

En lo referente a su estilo, me remito al juicio de diversos y competentes jueces de la antigüedad: Plutarco, en su libro *De gloria Atheniensium*, dice:

Tucídides ayudó siempre a esto: hacer de sus oyentes unos espectadores y conducir al lector a sentir la misma pasión que vivieron los que fueron observadores. El modo como Demóstenes dispuso a los atenienses en la orilla escarpada ante Pylos; cómo Brasidas urgió al capitán mover su galera encallada; cómo vino a las escaleras o al sitio para descender en la galera; cómo fue herido, desmayado y cayó sobre los salientes de la galera; cómo lucharon los espartanos en el mar dada su gran competencia en luchar en tierra, y los atenienses, por el contrario, cómo lucharon en tierra dada su alta competencia de luchas navales: de nuevo, en la guerra de Sicilia, cómo una batalla fue enfrentada tanto en tierra como en el mar, con igual fortuna; estas cosas, digo yo, son descritas tan evidentemente ante nuestros ojos que la mente del lector es afectada con ello tanto como si él hubiera estado presente en las acciones.

Lo anterior, gracias a su perspicacia. Cicerón, en su libro titulado *Orator*, hablando de la influencia de distintos retóricos griegos, dijo así:

Y por consiguiente, Herodoto y Tucídides son los más admirados. Porque aunque ellos vivieron en la misma época con aquellos que he mencionado antes [se refiere a Trasímaco, Gorgias y Teodoro], éstos estuvieron muy lejos de esta amable delicadeza, y más bien eran realmente de mal gusto. Para alguien sin roce, se desliza con cuidado como un río en calma; en cambio el otro [refiriéndose a Tucídides], funciona fuertemente, y en materia de guerra, tal como se vio, sonó como una trompeta. Y en estos dos (como dijo Teofrasto) la historia despertó ella misma, y se aventuró a hablar, pero más copiosamente y con más vistosidad que en aquellos que los precedieron.

Esto alaba la seriedad y dignidad de su lenguaje. De nuevo en su Libro Segundo, *De Oratore*, dice:

Tucídides, en el arte del hablar, en mi opinión los excede de lejos a todos ellos. Porque él está tan lleno del tema que el número de sus sentencias ampliaron el número de sus palabras; y en cuanto a sus palabras es tan apropiado y cercano, que es difícil decir si sus palabras ilustran más sus sentencias o sus sentencias a sus palabras.

Esto debido a la concisión y fuerza de su estilo. Finalmente, con respecto a la pureza y propiedad, cito a Dionisos Halicarnasus cuyo testimonio es el más fuerte en este punto, dado que él fue un retórico griego que, por sus capacidades y por su afecto, no fomentaría comentarlo si no se viera obligado a hacerlo. Sus palabras son éstas:

Hay una virtud en la elocuencia, superior a todo el resto, sin la cual no hay ninguna bondad en el discurso. ¿Qué es? Que el lenguaje sea puro

y conserve la especificidad de la lengua griega. Ellos observan diligentemente ambos elementos. Porque Herodoto es la mejor referencia del jónico y, Tucídides del dialecto ático.

Estos testimonios no son necesarios, en absoluto, para él que ha leído la historia. No obstante, Dionisos, con esmero y en ejercicio de su capacidad retórica, desestima este mérito; por lo que he pensado que es necesario sacar las principales objeciones que él planteó en su contra y, sin muchas palabras más, dejarlas a consideración del lector. En primer lugar, Dionisos dijo así:

El principal y más necesario oficio de algún hombre que intente escribir historia, es elegir un argumento noble y agradecer a aquellos que lo leerán. En esto Herodoto, en mi opinión, lo ha hecho mejor que Tucídides. Porque Herodoto ha escrito conjuntamente la historia de los griegos y la de los bárbaros, para evitar olvidos. Sin embargo, Tucídides relató únicamente una guerra, una guerra ni honorable ni afortunada respecto a la cual se ha deseado que nunca hubiera sucedido y que luego jamás hubiera sido recordada ni conocida por la posteridad. Además él tomó un argumento maligno en sus manos, lo hizo explícito en su poema, diciendo que *muchas ciudades en esta guerra fueron desoladas y absolutamente destruidas, en parte por los bárbaros y en parte por los mismos griegos: muchos desterrados y muchas masacres de hombres, como nada igual ocurrió antes*, tanto así que quienes lo escucharán lo aborrecerán desde la primera proposición. Ahora bien, qué tanto es mejor escribir sobre las maravillosas acciones tanto de los bárbaros como de los griegos que escribir acerca de las lamentables y horribles desgracias de los griegos; y qué tanto más sabio es Herodoto que Tucídides en la escogencia de su argumento.

El autor, de nuevo, dice así:

La siguiente tarea de quien escriba historia, es saber dónde comenzar y dónde terminar; y en este punto Herodoto pareció ser mucho más discreto que Tucídides. En primer lugar, aquél dejó en un segundo plano la causa por la cual los bárbaros comenzaron a injuriar a los griegos, y, en segundo lugar, hizo del castigo y la venganza contra los bárbaros, un fin. En cambio, Tucídides comienza por lo bueno del Estado de los griegos, lo cual no debió haber hecho, siendo un griego y un ateniense: él no debió, siendo de la aristocracia entre los atenienses, haber presentado tan evidentemente las faltas de la guerra contra su propia ciudad, cuando hubo diferentes ocasiones, suficientes, a través de las cuales él las podría haber imputado. Ni él debió haber comenzado con el asunto de los Corcirenses sino con los actos más nobles de su patria realizados por ellos inmediatamente después de la guerra contra Persia, los cuales menciona después en un lugar adecuado, pero de una forma somera y superficial y no como lo debió hacer. Y cuando él describe estos hechos, con mucho afecto, como quien ama a su país, entonces debió haberlos descrito como hizo con los de los lacedemonios que iniciaron la guerra pretextando otras causas, mediante la envidia y el temor: y así descendió al asunto de los Corcirenses, al decreto en contra de los Megarenses, y así con cualquier otro que haya descrito. Por lo tanto, al final de su historia, hay muchos errores cometidos. Ello no obstante que él manifiesta haber presenciado la totalidad de la guerra y que él la escribió toda, y pese a que él termina con la batalla naval de Cynossema, la cual se dio en el vigésimo quinto año de la guerra. Y finalizó su historia con el admirable y agradecido retorno de Philea de los atenienses desterrados, la época en el cual la ciudad recobró su libertad; hubiera sido mejor haberlo hecho así de principio a fin.

Sin embargo, yo digo que ese era el deber de quien se había comprometido con la redacción de la historia de la guerra del Peloponeso: no comenzar su narración con la discusión sobre si los griegos eran un Estado bueno o malo, sino yendo más allá, a las causas de la guerra; y, si la ofensa a partir de la cual ésta inició, provino de los atenienses, entonces el autor, así sea un ateniense honrado en su país, debe declararlo tal como es, sin buscar ni aprovechar cualquier ocasión para trasladar la culpa, así tenga la posibilidad a la mano. Los hechos ocurridos antes del tiempo comprendido en la guerra descrita, los debió haber mencionado, pero someramente, sólo para el esclarecimiento de la historia a seguir, dado lo nobles que aquellos actos habían sido alguna vez. De manera que, cuando a ellos se haga referencia a éstos, sea sin ninguna inclinación, no como quien ama a su país sino a la verdad, con la misma indiferencia con que ha procedido con lo demás. Y tenía que haber escrito un final, cuando la guerra termina, lo cual Tucídides se comprometió a escribir y lo hizo; no escribiendo la historia más allá de dicho periodo, que, por demás, nunca fue tan admirable ni aceptable.

Estas dos recriminaciones, que podrían parecer más relacionadas con la principal y más importante virtud de la historia, las he puesto en extenso y las he traducido casi verbalmente del juicio de Dionisos Halicarnaso. Pienso que nunca hubo tanto absurdo escrito en tan pocas líneas. Es contrario a la opinión de todos los hombres que siempre hablan desde su propia subjetividad y desde el sentido común. Para Dionisos, el objetivo de la historia no es tanto favorecer la redacción verdadera, sino el disfrute de los oyentes, como si fuera una canción. Respecto al argumento de la historia, piensa que por ninguna razón debería incluir las calamidades y la miseria de su país; él las habría ocultado en silencio: y sólo incluiría los hechos espléndidos y gloriosos. Dionisos incluye, entre las virtudes de un historiógrafo, el afecto por su país, el esfuerzo por favorecer al oyente, el escribir lo que su argumentación le conduce y disimular todas

las acciones que no fueron por el honor de su país. La mayoría evidencian vicios, Dionisos, en cambio, fue un retórico y por ello se entiende que no hubiera escrito nada, pero que, al menos, principalmente, fuera competente del adorno retórico. Hasta Luciano, igualmente retórico, en un tratado titulado *Cómo debe ser escrita una historia*, dice así:

El autor de historia debe, en sus escritos, ser un extranjero, sin país, viviendo únicamente bajo sus propias leyes, sin ser súbdito de ningún rey, despreocupado de lo que a cualquier hombre le gusta o le disgusta, sólo presentando el tema tal cual es.

El tercer defecto que Dionisos encuentra es que el método de la historia está regido por el tiempo más que por los periodos de un conjunto de acciones: porque Tucídides escribe de acuerdo a lo que sucede cada verano e invierno, de tal manera que a veces se ve forzado a abandonar la narración de un lugar, de una sedición, de una guerra o de otra acción en el ínterin y se adentra en la descripción de algún otro hecho, simultáneo, en otro lugar para regresar, de nuevo, al primer suceso cuando el tiempo lo exige. Esto, afirma Dionisos, genera confusión en la mente de los oyentes, tanto que no pueden captar las múltiples partes de la historia en forma diferenciada.

Dionisos apunta al disfrute del oyente, mientras que Tucídides expresa que su objetivo no es ese, sino dejar su trabajo *como patrimonio perpetuo para la posteridad*: así los hombres tendrán suficiente tiempo libre para comprenderlo completamente. Pero, en verdad, quienquiera que lo lea atentamente una vez, comprenderá más detalladamente cada acción a través de este método, que a través de otro. Este método es más vivo, ya que su propósito fue escribir acerca de la guerra del Peloponeso, mediante éste, él ha incorporado todas las partes dentro de un cuerpo, tanto que hay una unidad en el todo y las distintas narraciones se entienden únicamente como partes

de éste. En tanto que con el otro método, el autor ha tejido juntas muchas historias pequeñas, dejando, de cierto modo, la guerra del Peloponeso sin escribir, la cual había elegido por tema y, ni el método de algunas partes ni el método del todo, podría haber llevado tal título.

En cuarto lugar, Dionisos critica a Tucídides por el método seguido en su Libro Primero, en el cual infiere su propia época de la Grecia antigua: al relatar la causa verdadera de la guerra, la cual fue la grandeza del dominio ateniense, a su vez temido y envidiado por los lacedemonios, minimizó la narración de las peleas entre Corcyra y Potidea.

En respuesta a esto, yo digo: respecto a la mención del antiguo Estado de Grecia, él lo hace brevemente, insistiendo en ello no más de lo necesario para la adecuada comprensión de la historia que se cuenta. Puesto que sin algunas nociones generales de estas primeras épocas, muchos aspectos de la historia hubieran sido difíciles de entender, dado que se depende del conocimiento previo de varias ciudades y tradiciones; sin embargo, no podían ser todas éstas incluidas en la historia y se presuponen conocidas por el lector o, en su defecto, se espera que éste se remita a los orígenes, como necesaria introducción. La crítica es absurda en lo referente a colocar, primero, el relato de las causas públicas y reconocidas de la guerra y, después, los motivos verdaderos e internos de ésta. Parte importante de la tarea del historiógrafo, no menos que la guerra misma, es mostrar cómo algo insignificante llega a ser una causa divulgada y reconocida de la guerra. Puesto que, sin un pretexto, la guerra no se da. Este pretexto siempre es una ofensa recibida o el fingimiento de haberla recibido. Aun cuando el motivo interno de la hostilidad es hipotético y no hay evidencia de éste, el historiógrafo debería siempre estar obligado a tomar nota: ya sea envidia hacia la grandeza de otro Estado o el temor de una agresión que viene. Ahora, que cualquiera juzgue si un buen historiador debe tomar la ofensa

pública o la envidia oculta como causa principal de la guerra. En una palabra, la imagen del método empleado por Tucídides, en este punto, es esta: “la pelea en torno a Corcira sucedió de esta manera y la pelea por Potidea ocurrió de esta manera”, describiéndolas ambas en extenso: “y en ambas los atenienses fueron acusados de haber cometido injuria. Sin embargo, no fue por esta injuria que los lacedemonios entraron en guerra contra aquellos, sino debido a la envidia por la grandeza de su poder y por miedo a las consecuencias de su ambición”. Creo que, quizá, no puede ser concebido un orden más claro y natural.

De nuevo, el autor afirma que se celebró una oración fúnebre (la cual fue realizada, solemnemente, en muchas ocasiones a lo largo de la guerra) únicamente en honor a quince jinetes que fueron asesinados en un arroyo llamado Rheiti y que solamente Pericles, quien vivía entonces, habría podido hacerlo, puesto que en ocasión similar éste ya había muerto.

Era costumbre de los atenienses tener un funeral solemne en las afueras de la ciudad, dado que, en toda guerra, siempre eran los primeros en morir. Durante esta guerra en particular, tuvieron muchas ocasiones para poner en práctica esta ceremonia; por consiguiente, viendo que era adecuado tener esa costumbre, la manera de celebrarla fue siempre la misma, su formato era conocido y era de carácter colectivo. La primera vez fue la más adecuada para relatar el número de ellos que fueron sepultados entonces: lo cual, sin embargo, no indica que hayan sido pocos, como lo afirma Dionisos. Dado que el funeral no se celebró hasta el invierno posterior a su muerte, muchos más habían muerto antes de esta ceremonia así que pudieron ser todos incluidos dentro de la primera. Ahora, no hay ninguna razón para poner en duda que Pericles presidiera el oficio de hacer la oración fúnebre.

Otro vacío que Dionisos encuentra es que presentó a los generales atenienses en un diálogo con los habi-

tantes de la Isla de Melos, ambicionando la invasión de la isla, con base en el poder y la voluntad del Estado de Atenas y rechazando, absolutamente, entrar en una disputa con ellos acerca de la validez de su causa, la cual era contraria a la dignidad del Estado.

Dado que el procedimiento de estos generales no fue diferente a otras acciones, esto podía haber sido resuelto con la censura por parte de los ciudadanos de Atenas; sin embargo, es muy probable que a ellos les haya sido permitido proceder así. No obstante, si los ciudadanos atenienses dieron una orden para que sus capitanes se tomaran la isla por los medios que fueran, sin posibilidad de discutir, previamente, la validez de la causa de los habitantes de ésta (que es lo más probable); entonces veo que los generales no tenían razones para entrar en discusiones con ellos sobre si ejecutaban o no dicha orden, sino, únicamente, si lo hacían mediante métodos limpios o sucios; lo cual es el tema abordado en ese diálogo. Esta historia presenta otras fisuras tanto en el tema como en su organización, sin embargo, no considero necesario que sean abordadas.

Por sus frases, Dionisos criticó en infinidad de ocasiones a Tucídides, ya sea por ocultar datos o por tomarse la licencia al hacer ciertas afirmaciones. Si Dionisos lo desea, que él mismo clarifique aquellos lugares particulares que Tucídides deja oscuros, porque el tema es demasiado tedioso para tratarlo aquí. Es verdad que en su obra hay algunas frases largas, mas no oscuras para alguien que sea atento y, aparte de esto, son muy pocas. Aun así, esto es lo más significativo encontrado por él. La oscuridad que contiene, por demás, procede de la profundidad de las frases, por cuanto éstas contienen visiones de aquellas pasiones humanas de las que, comúnmente, no se habla o se disimulan, pero que tienen una gran influencia en las conversaciones públicas entre los hombres. Entonces, si uno no puede penetrar en su sentido, a no ser con mucha reflexión, suponemos que un hombre no podría comprenderlas no más

en la primera conversación. Marcelinus afirmó que él fue oscuro a propósito, que la gente común no lo entendía; y no es improbable porque un hombre sabio debería escribir de forma tal que únicamente los hombres sabios estén en capacidad de elogiar (aunque en términos asequibles por todas las personas). Sin embargo, esta oscuridad no debe estar en los relatos de los sucesos acaecidos ni en las descripciones de los sitios de las batallas, para lo cual Tucídides es más perspicaz, tal como Plutarco lo había testimoniado en las palabras antes citadas. Ante el nivel del hombre común, es imposible no ser oscuro en la descripción de los caracteres, los caprichos, la personalidad de los hombres y las palabras con las que un hombre siempre comunica sus pensamientos y su interés por las consecuencias que se derivan de estos temas. Por lo tanto, si Tucídides no es comprendido fácilmente en sus discursos, en la descripción de una sedición u otra cosa de esa naturaleza, es porque son un tipo de hechos, en cuya naturaleza no se puede penetrar, mas no proviene de complejidad alguna en la expresión. Dionisos, además, encontró vacíos en el uso que hace Tucídides de poner palabras contra palabras: lo que los retóricos denominan *antitheta*. Lo cual, si bien es un vicio muy común en cierto tipo de discursos, no es incorrecto cuando se trata de caracteres y es, en muchos casos, el único estilo posible en discursos comparativos.

Más adelante, si bien Dionisos lo acusó de libertinaje por convertir sustantivos en verbos y verbos en sustantivos, y alterar géneros, casos y números (como a veces lo hizo para más eficacia de su estilo, sin solipismo), dejó la respuesta en palabras de Marcelinus, quien afirma que: “Si Dionisos halló un defecto en esto, está siendo ignorante [todavía era un retórico declarado] pues ésta era la más perfecta y excelsa forma de hablar”.

Alguien podría preguntarse por el motivo que podía tener Dionisos para empequeñecer el valor de Tucídides, quien él mismo reconoció haber sido apre-

ciado por muchos hombres como el mejor de todos los historiadores que alguna vez escribieron y de haber sido tomado por todos los antiguos oradores y filósofos como la medida y el método para escribir historia. Qué motivo tuvo, no lo sé: pero es sabido, fácilmente, qué gloria podía esperar por tener a Herodoto, su coterráneo, un Halicarnasiano, como preferido antes que a Tucídides, quien era considerado el mejor y, en ese tiempo, concebir que su obra quizá podría ser vista como no inferior a la de Herodoto; por este cálculo, vio el honor del mejor historiógrafo caer sobre él mismo; a quien, en opinión de muchos hombres, había desestimado. Así muchas son las objeciones de Dionisos de Halicarnaso.

De Demóstenes, el famoso orador, está escrito que mencionó, de su propia mano, ocho veces la historia de Tucídides. Mucho fue apreciado su trabajo, incluso por su elocuencia. Sin embargo, no toda su elocuencia encajaba en todas las audiencias; más apropiada para la historia y más aún para ser leída que para ser escuchada. Las palabras debían ser interpretadas con calma, porque las palabras pasan (como, de hecho, debe suceder en los discursos públicos) sin pausa y desaparecen; aunque las palabras permanecen en lo escrito para que el lector las medite, deben ser concisas y plenas. Por lo tanto, Cicerón lo colocó fuera del ranking de los defensores; pero, además, le dio continuamente su reconocimiento para la historia:

¿Qué eminentes retóricos, alguna vez, tomaron prestada alguna cosa de Tucídides? Todavía lo elogian todos los hombres, lo confieso, como un narrador de hechos sucedidos, sabio, sobrio, serio; no por defensor de causas en el bar, sino como informador de una guerra en la historia. Así, siendo un hombre de honor y nobleza, nunca haya sido considerado un orador: así nunca hubiera escrito una historia, así su nombre por lo tanto no hubiera tenido reconocimiento; así ninguno de ellos imite la seriedad de sus palabras y

frases; pero cuando ellos han publicado un tipo de material defectuoso e incoherente entonces se reconocen ahora hermanos de Tucídides (Libro II, *De Oratore*).

De nuevo, en su libro *De Optimo Oratore*, dice así:

Entonces aquí se eruirá Tucídides: por su elocuencia es admirado por algunos, y con justicia. Pero esto no es nada para el orador que buscamos: porque una cosa es desarrollar un tema por la vía de la narración y otra cosa acusar un hombre o exculparlo, con argumentos. Y en las narraciones, una cosa es mantener al oyente, otra cosa es motivarlo.

Luciano, en su libro titulado *Cómo debe ser escrita la historia*, ejemplifica permanentemente, a través de Tucídides, las virtudes que se le exigen a un historiógrafo. Si alguien considera correcta su completa exposición, percibirá plenamente que en la imagen

de la historia, preconcebida en la mente de Luciano, están sugeridas todas las normas que Tucídides propuso al respecto (sobre cómo se debe escribir una historia). Finalmente, escuchemos el más cierto y apropiado elogio de Tucídides, por parte de Justus Lipsius (en su libro *De Doctrina Civilis*), en las siguientes palabras:

Tucídides, quien no ha escrito muchos ni muy grandes temas, quizá ya ha ganado la guirnalda de todas las materias que ha escrito, tanto varias como excelentes. Elocuencia seria por doquier; corto y denso, con sentido; sólido en sus juicios; instruyendo y orientando las acciones y la vida de los hombres en todas partes. En sus discursos y digresiones, casi divino. A quien, si usted lee con frecuencia, mucho lo llevará consigo, mas nunca lo dejará sin apetito. A lado de él está Polibius.

Así, mucho se dice acerca de la vida y la historia de Tucídides.

BIBLIOGRAFÍA

Hobbes, T. 1997, *Three Discourses*. Ed. Noel B. Reynolds, Arlene W. Saxonhouse. Chicago: The University of Chicago Press.

Strauss, L. 2006. *La Filosofía Política de Hobbes, su fundamento y su génesis*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Thucydides. 1989. *The Peloponnesian War. The Complete Hobbes Translation*. Ed. David Green. Chicago: The University of Chicago Press.

Tönnies, F. 1932. *Thomas Hobbes, vida y doctrina*. Madrid: Editorial Alianza.